

VICTOR L. GARCIA

LA ENTREVISTA DE GUATAGUAY

980.02
L471
1947
v.2

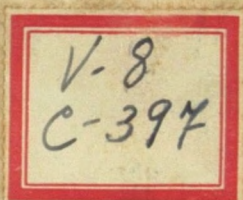
980.02

L471

1947

980.02
L471
1947
e.2

VICENTE LECUNA



LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

RESTABLECIMIENTO DE LA
VERDAD HISTORICA



EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL
IMPRIMERIA NACIONAL
CARACAS
1947



VICENTE LECUNA

CAH 1237

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

RESTABLECIMIENTO DE LA
VERDAD HISTORICA

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS
FONDO BIBLIOGRAFICO ESPECIAL
DE AUTORES VENEZOLANOS

IMPRENTA NACIONAL
CARACAS
1947

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

1

REPLICA A DON RICARDO ROJAS

LA CARTA DE LAFOND

El eminente escritor argentino Ricardo Rojas ha tenido la amabilidad de enviarnos el folleto que acaba de publicar bajo el título "La Entrevista de Guayaquil", reproducción del capítulo IX, del tomo VI de la Historia de la Nación Argentina, editado por la Academia Nacional de la Historia de Buenos Aires. La cortés dedicatoria de dicho folleto, compensa en parte la pena que nos ha causado la nota del autor respecto a nuestro trabajo sobre la Conferencia de Guayaquil, inserta en la bibliografía analítica que sirve de apéndice al referido folleto, y en la cual el señor Rojas no toma en cuenta nuestras demostraciones de la falsedad de la carta de 29 de agosto de 1822 atribuida al general San Martín y dirigida a Bolívar, cuando nosotros hemos presentado razones incontrovertibles sacadas de los mismos documentos emanados del general San Martín, y de multitud de hechos probados que están en contradicción flagrante con las afirmaciones de la referida carta y la anulan por completo.

Repetir aquí estas razones sería extender demasiado este escrito. Nosotros remitimos al lector a nuestro trabajo titulado "En Defensa de Bolívar" publicado en el libro de la Academia "Cartas Apócrifas sobre la Conferencia de Guayaquil", página 26.

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

Las relaciones de la Conferencia

En esa obra se publican en facsímil y en su texto impreso las tres relaciones de la Conferencia, todas tres dictadas por Bolívar, a saber: la dirigida al Ministro de Relaciones Exteriores de Bogotá, la destinada al general Sucre, Intendente de Quito, y la carta particular al general Santander, Vice-Presidente de Colombia, encargado del Poder Ejecutivo, todas del 29 de julio de 1822. El señor Rojas atribuye la redacción de las relaciones de la Conferencia al Secretario Pérez porque no se ha fijado que en los últimos años de la actuación de Bolívar todas sus órdenes, cartas oficiales, notas diplomáticas, con raras excepciones, están firmadas por los Secretarios; y también encuentra diferencias de estilo porque los documentos generalmente los dictaba Bolívar en lenguaje llano, sin adornos o expresiones literarias, y luego perfeccionaba las expresiones, y por eso decía en su carta privada a Santander que a las relaciones les faltaba la sal que él sabía poner a sus escritos. El señor Rojas encuentra algunos párrafos de estas relaciones contradictorios o confusos, y en nuestro sentir son todos admirablemente claros y perfectamente acordes en todos sus conceptos y apreciaciones. Recomendamos al lector la obra citada y el Boletín Número 101 de la Academia de la Historia donde también publicamos las expresadas relaciones con los comentarios del caso.

La historia de la Conferencia de Guayaquil comprende tres períodos: el primero hasta mediados del Siglo XIX, basado en la verdad, aunque con pocos datos. En él escribieron los más grandes historiadores de nuestra América, Baralt y Díaz en Venezuela, Restrepo en Colombia y Paz Saldaña en el Perú. Todos hablan de la Conferencia como de un acto natural, sin misterios, sin secretos, porque no los hubo. El segundo período empieza cuando se divulgó en 1843 la mencionada carta apócrifa del 29 de julio de 1822, atribuida al general San Martín, publicada en la obra de Lafond de Lurcy. El general Mitre en su gran obra histórica, traducida a todos los idiomas, no por méritos científicos o literarios, sino a fuerza de dinero, y divulgada en el mun-

LA VERDAD HISTORICA

do entero a manera de propaganda, la toma como base de la historia del Continente Sur Americano en los dos últimos años de la guerra de la Independencia y con ella se establece en la literatura histórica de los países del Sur el reinado del error. El tercer período empieza en 1905 con la publicación en Bogotá por el señor J. M. Goenaga de la relación de la conferencia, de fecha 29 de julio de 1822, enviada por Bolívar a la Secretaría de Relaciones Exteriores de Bogotá, donde quedó sepultada largos decenios hasta que la encontró el señor Cornelio Hispano. Fué una revelación el descubrimiento de esta pieza histórica, reproducida en fac-símil por Goenaga en Roma, en 1909. En esta época, basados en el estudio de los hechos, sin conocer todavía la relación, dos grandes escritores Rufino Blanco-Fombona y Francisco Rivas Vicuña, tuvieron la intuición de la verdad, y se pronunciaron contra la leyenda de Lafond.

Posteriormente los señores Enrique Terán y Jorge Pérez Concha descubrieron en Quito la otra relación de la Conferencia de la misma fecha, dirigida al general Sucre, Intendente de Quito a la sazón. Poco antes se había dado al público el archivo de Santander y en él se publicó la carta privada de Bolívar para este ilustre general, Vice-Presidente de Colombia, también del 29 de julio. El original se halla actualmente en el Archivo del Libertador en su Casa Natal de Caracas por haber adquirido el gobierno de Venezuela de la Sucesión del señor Juan Bautista Pérez y Soto la colección de cartas de Bolívar para Santander. De manera que tres de las Capitales de la Gran Colombia, tienen originales de las relaciones de la Conferencia. Sólo le falta a Panamá. En muchas ocasiones hemos dado al público estos magníficos documentos en los cuales Bolívar declara enfáticamente y sin ninguna tendencia especial, que el Protector no le pidió ni tropas ni ayuda alguna para su empresa del Perú, fuera de la división que estaba convenida de antemano.

El oficio de 9 de setiembre en Cuenca

El otro documento contundente y definitivo contra el atentado histórico a que nos referimos es el oficio dirigi-

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

do por Bolívar desde Cuenca el 9 de setiembre de 1822 a los gobiernos del Perú y de Chile, fecha en que todavía estaba en Lima el general San Martín y era seguro creer que duraría allí algún tiempo, puesto que en la Conferencia él le había dicho a Bolívar "que se retiraría del mando militar, luego que obtuviera el primer triunfo", y una victoria de ese género no era cosa de alcanzarse de un día para otro. Por tanto este oficio sin duda alguna era dirigido al general San Martín, aunque el gobierno general lo ejerciera en su nombre el Marqués de Torre Tagle, con el carácter de delegado del Protector. El sapientísimo oficio, firmado por el Secretario, dice así:

"Aunque S. E. el Protector del Perú, en su entrevista en Guayaquil con el Libertador, no hubiese manifestado temor de peligro por la suerte del Perú, el Libertador, no obstante, se ha entregado desde entonces a la más detenida y constante meditación aventurando muchas conjeturas que quizá no son enteramente fundadas, pero que mantienen en la mayor inquietud el ánimo de S. E.

"S. E. el Libertador ha pensado que es de su deber comunicar esta inquietud a los gobiernos del Perú y Chile, y aun al del Río de la Plata, y ofrecer desde luego **TODOS LOS SERVICIOS DE COLOMBIA EN FAVOR DEL PERU.**

"S. E. se propone, en primer lugar mandar al Perú 4.000 hombres más de los que se han remitido ya, luego que reciba la contestación de esta nota, siempre que el gobierno del Perú tenga a bien aceptar la oferta de este nuevo refuerzo; el que no marcha inmediatamente **PORQUE NO ESTABA PREPARADO Y PORQUE TAMPOCO SE HA PEDIDO POR PARTE DE S. E. EL PROTECTOR.** Si el gobierno del Perú determina recibir los 4.000 hombres de Colombia, espera S. E. que vengan transportes y viveres para llevarlos, anticipando el aviso para que todos los cuerpos se encuentren en Guayaquil oportunamente".

En el resto del oficio recomienda Bolívar que si el ejército aliado tuviere en el Perú algún infortunio haga retirar sus reliquias hacia el norte a fin de reforzarlas con 6.000 u 8.000 hombres más que irían inmediatamente a Trujillo o más allá.

Y por último cuatro días después de dictar ese oficio, el 13 de setiembre de 1822, le dice al Vicepresidente Santander estas palabras fundamentales para nuestra demostración: "OJALA QUE SAN MARTIN NO AVENTURE NADA HASTA QUE NO HAYA RECIBIDO LOS 4.000 HOM-BRES QUE LE HE OFRECIDO. ENTONCES HABRIA MAS PROBABILIDAD DE SUCESO".

¿Puede haber prueba más contundente de que la carta de Lafond es perfectamente apócrifa? Bolívar le ofrece al gobierno del Perú, cuando todavía se hallaba el Protector en Lima, todos los servicios de Colombia y le escribe a Santander "ojalá que San Martín no aventure nada hasta que no haya recibido los 4.000 hombres que le he ofrecido!" Conceptos y hechos perfectamente opuestos a los de la asende-reada carta apócrifa, y suficientes para destruir los atribuí-dos por Lafond a San Martín, ante cualesquiera conciencia honrada e ilustrada, libre de fanatismos perturbadores. Y estos no son cuentos, ni suposiciones, ni documentos apare-cidos después de muertos los actores, ni enredos de un au-tor de viajes; estos son documentos cuya autenticidad está a la vista de toda la América: el oficio se halla en el Argos de Buenos Aires de 31 de mayo de 1823, recientemente re-producido en facsimile por la Academia de Buenos Aires, y esparcido en todos estos países; y la carta para Santander se halla original en la Casa Natal de Bolívar, a la vista de los que quieran verificar su autenticidad y se publica en facsi-mil en este trabajo.

Después de presentadas las precedentes pruebas, es de-cir, el ofrecimiento directo hecho por Bolívar al Protector de todos los servicios de Colombia, no parece necesario añadir más pruebas, y por esto omitimos aquí las muchas otras razones fortísimas expuestas por nosotros, rebatiendo a Co-lombres Mármol y a Carbia, y basadas en documentos del propio general San Martín para el Congreso del Perú, para O'Higgins, para Rudecindo Alvarado y para sus amigos de Buenos Aires. Nosotros esperamos que los hombres de le-tras de toda la América, y especialmente los hombres de le-tras argentinos, estudien estos asuntos para que se acabe esa infame leyenda forjada por un francés sin conciencia,

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

contra Bolívar, motivo de amargura de todos los gran-colombianos porque es una injuria para la memoria de Bolívar y una ofensa para nuestras naciones que lo veneran y respetan.

Cuando todavía los documentos falsificados no habían envenenado la atmósfera política de estos países el redactor de El Argos de Buenos Aires, al insertar el famoso oficio de Bolívar de 9 de setiembre de 1822 se refiere a su contenido con estas justas y significativas palabras: "Se advertirá por él a un mismo tiempo, la previsión de este genio original y su amor ilimitado a la libertad de la América".

También debemos recordar lo que ya hemos dicho en otra parte sobre la circunstancia de haberse impuesto Bolívar en Cuenca de muchos detalles sobre las fuerzas beligerantes en el Perú y el carácter de los respectivos jefes, por el coronel Heres, antiguo jefe del batallón Numancia, primero al servicio de los españoles y luego al de los patriotas, y por este motivo en aptitud de apreciar las fuerzas de ambos beligerantes.

Es del caso advertir que Bolívar no tenía los 4.000 hombres ofrecidos al Perú, pero podía formarlos en poco tiempo sobre la base de 1.300 veteranos que le quedaron después de despachar los tres batallones destinados al Perú, con numerosos oficiales del Sur a la sazón fuera de servicio, los que continuamente llegaban por mar de Venezuela y del Magdalena, y reclutas del Sur. Para organizar los cuerpos y proveerlos de todo, contaba con el patriotismo, nunca desmentido, de los habitantes de Quito, Guayaquil y Cuenca, dispuestos siempre a cooperar a la liberación del Perú.

Minucias de Crítica

En sus alegatos el señor Rojas expone muchísimas observaciones despectivas para Bolívar, todas arbitrarias y sin ningún fundamento. Presentamos algunos ejemplos. En una de sus críticas intenta exhibirlo embustero o mentiroso, por haber escrito a sus amigos números diferentes en el espacio de dos meses sobre una misma cosa. Veamos. Al Vice-Presidente Santander le escribió que el Protector lle-

LA VERDAD HISTORICA

vaba 1.800 hombres en su auxilio después "de haber recibido las bajas de sus cuerpos por segunda vez lo que nos ha costado más de 600 hombres: así el Perú recibirá 3.000 hombres de refuerzo por lo menos" (carta de 29 de julio de 1822). Un mes después le repite que al Perú han ido 1.800 hombres (carta de 19 de agosto de 1822) y pasado otro mes le dice a su amigo de la niñez y de la juventud, Fernando Toro, baldado en una cama, y al respetable anciano Fernando de Peñalver, que al Perú ha mandado 2.500 colombianos (cartas del 23 de setiembre de 1822). Pues bien, todos esos números son exactos, he aquí, la demostración:

Santa Cruz trajo del Perú 1.200 hombres, la mitad reclutas, y después de Pichincha la división quedó reducida por desertión y pérdidas en el combate a menos de la mitad, se restableció en los 1.200 con más de 600 reemplazos colombianos, prisioneros de Pichincha, pero en la marcha de regreso de Quito a Guayaquil, perdió casi otro tanto, y en Cuenca el coronel Heres le entregó otros 600 hombres de un batallón ya ejercitado; y como Sucre le había ofrecido a Santa Cruz 400 veteranos de exceso, también le fueron entregados y se embarcó con 1.600 veteranos; Bolívar tuvo empeño en dejar satisfechos a los peruanos.

Simultáneamente se despachaban al Perú tres batallones soberbios: Vencedor en Boyacá, Pichincha y Yaguachi, con 1.800 hombres al salir de Quito, 1.700 en el acto de embarcarse y 1.656 en Lima poco después de su llegada, según consta en la obra de Paz Soldán (Segundo Período, tomo Primero, página 9) pues así eran de propensas a la desertión y expuestas a enfermedades las fuerzas en todos estos países.

Además de estas tropas en el Perú estaba el batallón Numancia, colombiano, al servicio de la patria desde que abandonó el de los españoles; era un cuerpo selecto, se le calculaban 800 hombres, y en su reemplazo fué que vino a Colombia la división Santa Cruz (1). De manera que los números de Bolívar son exactos, y la cuenta es ésta:

(1) Véase el estado del Batallón Numancia, Fiel a la Patria, el 15 de octubre de 1821. Tenía 968 hombres, Boletín de la Academia de la Historia, Caracas, N° 100, pág. 416.

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

Suplemento dado a Santa Cruz... ..	400	hombres
Los tres batallones despachados de		
Quito	1.800	"
El batallón Numancia.. . . .	800	"

Colombianos al servicio del Perú 3.000 hombres

Los dados a Toro y Peñalver resultan computando nuevas bajas, o restando los 400 hombres dados de más a Santa Cruz, o bien aludiendo a los reemplazos dados a Santa Cruz, como equivalentes a Numancia.

El otro caso que vamos a citar es el siguiente:

Después de la incorporación de Guayaquil, y de la Conferencia, Bolívar veía terminada su obra. Habían sido diez años de martirio, de guerra a muerte, de esfuerzos heroicos. La cesación de estos horrores era motivo para sentirse alegre. Por eso le escribió estas líneas a su amigo, compañero de días trágicos, y colaborador eminente el general Santander:

"Gracias a Dios, mi querido general, que he logrado con mucha fortuna y gloria cosas muy importantes: primera, la libertad del Sur, segunda la incorporación a Colombia de Guayaquil, Quito y las otras provincias; tercera, la amistad de San Martín y del Perú para Colombia; y cuarta, salir del ejército aliado que va a darnos en el Perú, gloria y gratitud, por aquella parte. Todos quedan agradecidos, porque a todos he servido y todos nos respetan porque a nadie he cedido. Los españoles mismos van llenos de respeto y de reconocimiento al gobierno de Colombia. Ya no me falta más mi querido amigo, si no es poner a salvo el tesoro de mi prosperidad, escondiéndolo en un retiro profundo, para que nadie me lo pueda robar: quiero decir que ya no me falta más que retirarme y morir. Por Dios, que no quiero más: es por la primera vez que no tengo nada que desear y que estoy contento con la fortuna".

Frases muy naturales, propias del caso, pero el señor Rojas las interpreta siniestramente: según él son "explosión gozosa... que no tiene sentido sino porque él va a quedar como jefe definitivo para concluir la guerra de la indepen-

dencia. Lo que no se puede decir es por qué San Martín se retira de la escena" (2). En resumen Bolívar para el señor Rojas es un monstruo de egoísmo, de maldad, de hipocresía. Sin embargo, toda la correspondencia de Bolívar de aquellos días prueba lo contrario, pues no sólo consideraba segura la permanencia del Protector en Lima por algún tiempo, sino que al saber su abdicación la juzgó una desgracia para la causa general (3).

El tratado de 6 de julio de 1822, de confederación del Perú y Colombia, obra exclusiva de Bolívar y sus ministros Pedro Gual y Joaquín Mosquera, lo atribuye el señor Rojas a inspiración de San Martín y también atribuye la idea del Congreso de Panamá a la "gesta sanmartiniana", es decir que la idea se la soplara San Martín a Monteagudo, y este sinuestro personaje a Bolívar. ¡Qué de males tan grandes proporcionó al héroe colombiano su carácter acogedor, magnánimo y generoso!

Por haber acogido al desventurado Monteagudo le han caído los horrores más grandes, hasta acusarlo Ricardo Palma de envenenador; y ahora el señor Rojas le quiere arrebatarse la Sociedad de las Naciones Americanas, su más excelsa gloria!!

Otra de las reticencias y sospechas injustificadas del señor Rojas es la referente al capitán Gómez, oficial diestro y entendido, recién llegado de Lima y muy al corriente de la política peruana. Con él envió Bolívar a Bogotá el tratado de confederación de 6 de julio, celebrado con el Perú, la relación oficial de la Conferencia, firmada por el secretario Pérez, la carta particular de Bolívar a Santander y quizás otros papeles. Deseoso de que el gobierno de Bogotá estuviera bien informado, el Libertador le encarga a Santander interrogar una y otra vez al capitán Gómez, hombre reservado, de pocas palabras, testigo de la discusión del tratado. En esta recomendación el señor Rojas ve un misterio, algo oculto que Bolívar no se ha atrevido a escribir, pero que puede revelar el capitán Gómez. El señor Rojas comenta el

(2) Ricardo Rojas. *La Entrevista de Guayaquil*. Buenos Aires, 1947, p. 837.

(3) Lecuna. *Cartas del Libertador*. A La Mar, 14 de octubre de 1822. III, 103.

hecho de esta manera: "Agrega pues Bolívar (antes que se le olvide) dos noticias importantes omitidas en su carta de cuatro días ha y en la memoria de Pérez (No faltaría algo más?). A esto hay que añadir las hablillas que lleva el capitán Gómez, correo de importantes documentos y extraño correveidile de respuestas que habrán de serle sacadas hábilmentemente, porque el hombre es reservado y lacónico pero de buena memoria para sus respuestas... Parece todo esto una comedia de enredos o una niebla intencionalmente extendida sobre algo que conviene reservar".

Y toda la crítica del señor Rojas está llena de reticencias semejantes. Se comprende su método. Para dar verosimilitud a la carta apócrifa es necesario pintar un Bolívar tenebroso, malévolo, taimado, hipócrita... con un Bolívar franco, autoritario y violento, pero de carácter cordial y amable de ordinario como era Bolívar, es absurda la carta de Lafond.

Una reseña de los servicios del oficial en cuestión explicará la importancia que le daba Bolívar a sus informes.

El capitán Juan María Gómez, natural de Antioquia, hijo de un prócer notable, fué cadete de Caldas; en 1816 cayó prisionero de los españoles; libertado por la jornada de Boyacá volvió al servicio del ejército libertador. Hizo las campañas del Sur en 1820 a 1822. Cuando el ejército marchaba sobre Quito a dar la batalla de Pichincha, Sucre lo sacó de las filas para mandarlo de comisionado a Lima con su protesta, por la orden enviada a Santa Cruz de abandonar la campaña, y una carta explicativa de su actitud al Protector (4). El capitán, hombre sagaz y serio, desempeñó muy bien su encargo, regresó después de la campaña y vino bien instruido de la situación, recursos y política del Perú. De aquí el empeño de Bolívar de que Santander lo interrogara con interés.

El resto de la carrera de Gómez explica por sí sola la estimación que se le tenía. De Bogotá pasó en comisión a Caracas. En 1826 se le nombró secretario de la Legación en

(4) Boletín de la Academia de la Historia Número 100, página 373.

Río de Janeiro, luego encargado de negocios en Río de Janeiro y en París, por largo tiempo. Jefe militar en la guerra y Ministro de Relaciones Exteriores de 1846 a 1848. Senador en 1849, falleció en 1850 (5).

Juicios críticos sobre Bolívar y Sucre.

El señor Rojas nos pinta al francés G. Lafond de Lurey, como un oficial notable, descendiente de familia distinguida, autor de obras importantes de viaje, y para nosotros es un divulgador de documentos y leyendas falsas, enemigo acérrimo y sistemático de Bolívar, hasta el extremo de negarle la dirección en la batalla de Carabobo, cuando en todos los documentos de la época consta que el plan atrevido y sabio de esta célebre jornada y las resoluciones instantáneas de su ejecución, fueron exclusivamente suyos. Como este mal hombre estuvo en el Perú de oficial de marina y sa hallaba en Guayaquil en los días de la Conferencia, seguramente fué un resentido por negarle Bolívar alguna exigencia injustificada, u otra causa semejante. Odio tan venenoso y concentrado debe tener un fundamento directo y personal.

El tal Lafond no conforme con atribuir al general San Martín la carta apócrifa de 29 de agosto de 1822, le endilga también la paternidad de sendos juicios críticos de Bolívar y de Sucre, tan absurdos e inexactos, sobre todo el de Bolívar, que en nuestro concepto atribuirlos al general San Martín en ofender su memoria.

Algunos historiadores argentinos, poco versados en nuestra historia, lo reproducen como pieza auténtica, cuando en honor al héroe del Sur, debían rechazarlo por sus flagrantes contradicciones y torpezas (6). Dice al comenzar que la presencia de Bolívar "no predisponía a su favor", y señala como "su signo característico un orgullo muy marcado, lo que presentaba un gran contraste con no mirar de frente a la persona que hablaba, a menos que no fuera muy inferior". Tal es la pintura de un ente ridículo, cuando todos sabe-

(5) Historia del Palacio de San Carlos, de Bogotá, 1942, página 167.

(6) Mitre, III, 639.

mos, por infinidad de testimonios que Bolívar era cortés, fino, elegante, de figura marcial y atrayente. Se dejaría ver, en algunos momentos el orgullo del vencedor o de su propio valer, pero de ordinario era hombre triste, pensando siempre en la manera de mejorar la condición de sus semejantes. "Nos recibió con la sonrisa melancólica que le era habitual", dice respecto a su llegada al ejército libertador, en las llanuras del Guárico, el notable escritor capitán Wavell, de la Legión Británica, quien lo acompañó constantemente en las campañas de 1818 y 1819. "Tenía —agrega el mismo autor— los modales del hombre habituado a la vida del gran mundo".

"El tono que empleaba con sus generales, continúa el juicio atribuido a San Martín, era altanero y poco digno de conciliar su aprecio". La enorme correspondencia de Bolívar, oficial y privada prueba lo contrario. Jamás un jefe ha tratado con más consideración y afecto a sus generales. Cuando respondía a alguno lo hacía en términos políticos, y explicaba el motivo de la censura. Aunque de carácter imperioso y violento tenía piedad, y perdonaba pronto a los subalternos cualquiera falta que se viera obligado a corregir. Como nos extenderíamos mucho citando ejemplos nos limitamos a reproducir unos conceptos del teniente coronel Joaquín Posada Gutiérrez y otros del general Páez. El primero andando el tiempo fué general distinguido y alcanzó justa nombradía en la Nueva Granada por su valor guerrero y eximias dotes morales e intelectuales. Varios decenios después de la muerte del héroe se expresaba de esta manera: "Yo tenía veneración religiosa al Libertador, Bolívar sabía no hacerse amar sino adorar. El ejército lo adoraba: su elocuencia era inagotable, sublime, incomparable. Su generosidad y desprendimiento no tenían límites; la inteligencia de Bolívar era privilegiada; Bolívar no sabía guardar rencores, fácilmente perdonaba y olvidaba los agravios; jamás olvidó los beneficios; Bolívar fué grande en todo (7). El general Páez, el formidable llanero, segundo del Liberta-

(7) Memorias Histórico-Políticas del general Joaquín Posada Gutiérrez. En la Carta Preliminar del insigne escritor colombiano José Joaquín Casas, tomo I, segunda edición. Bogotá, 1929, página XVII.

dor en cuatro campañas, su émulo y opositor político, treinta años después de muerto su antiguo jefe lo describe de esta manera: "Hallábase (en 1818) en lo más florido de los años y en la fuerza de la escasa robustez que suele dar la vida ciudadana. Su estatura, sin ser procerosa, era no obstante suficientemente elevada para que no la desdenase el escultor que quisiera representar a un héroe: sus dos principales distintivos consistían en la excesiva movilidad del cuerpo y el brillo de los ojos, que eran negros, vivos, penetrantes e inquietos, con mirar de águila... A pesar de la agitada vida que hasta entonces había llevado, capaz de desmedrar la más robusta constitución se mantenía sano y lleno de vigor; el humor alegre y jovial, el carácter apacible en el trato, impetuoso y dominador cuando se trataba de acometer empresa de importante resultado; hermanando así lo afable del cortesano con lo fogoso del guerrero". Como estos testimonios existen muchísimos otros en igual sentido. En vista de tantos conceptos favorables, confirmados por millares de documentos, ¿qué valor podremos dar al juicio de Lafond?

"Su falta de franqueza me fué demostrada en las conferencias que tuve con él en Guayaquil, en las que jamás contestó a mis propuestas de un modo positivo, y siempre en términos evasivos". Según la carta de Lafond el Libertador dió al general San Martín un rotundo no, a la única propuesta que le hiciera, la de pasar al Perú con su ejército, luego las dos piezas apócrifas de Lafond, la carta de 29 de agosto y el juicio de San Martín sobre Bolívar se contradicen abiertamente. Por otra parte, cuantos examinen la documentación emanada de Bolívar, constatarán fácilmente su ingente e ingénita franqueza en política y en el trato personal. "Yo no dejo nada por dentro", decía en una ocasión, y en otra "Yo soy un hombre diáfano", y así era la verdad. En la cuestión de Guayaquil no pudo ser más franco con el general San Martín y lo mismo en lo del sistema monárquico y el proyecto de la futura campaña.

"Noté, y él mismo me lo dijo, que su principal confianza la depositaba en los jefes ingleses que tenía en su ejército"; este es otro desatino del juicio crítico en cuestión.

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

Los extranjeros que sirvieron con Bolívar, muchos de ellos heroicos y abnegados, como Roock, Farriar, Flejel, Rasch, Us- lar, Makintosh, Sandes, Ferguson y otros, incrustados en los batallones, prestaron servicios invalorable para mejorar la disciplina de los cuerpos. Ninguno fué confidente del Libertador, ni ninguno tomó parte en la política durante la guerra. El célebre edecán O'Leary, sólo tenía 21 años en 1822, y no alcanzó a ser jefe sino en 1829. O'Connor, sub-jefe de Estado Mayor en 1824, estuvo poco tiempo con Bolívar. Al revés de lo que dice el juicio el Libertador depositó siempre toda su confianza en jefes y oficiales criollos: Montilla, Girardot, Urdaneta, D'Elhuyar, Bermúdez, Mariño, Ribas, Páez, Sedeño, Vélez, Santander, Anzoátegui y cien más. En 1822, además de los sobrevivientes de la lista precedente, gozaban de ella plenamente Sucre, Salom, Aguirre, Córdova, Lara, Mosquera, Chiriboga, Paz Castillo, Valdés, Ibarra, Morales, Rojas, Silva, Soubllette, Monagas, Carreño y muchísimos otros.

“Por otra parte —sigue el juicio crítico— sus maneras eran distinguidas y demostraba haber recibido una buena educación”. ¿Cómo coordinar este aserto, con el constante mirar de soslayo, que le atribuye el juicio? Toda persona de buena educación mira siempre la cara de su interlocutor. Esto de mirar de soslayo es una conseja ridícula que repiten como loros cuantos escriben en las naciones del Sur contra Bolívar. ¿Cómo puede libertar medio mundo un hombre que no mira a su interlocutor de frente, sino al soslayo?

Bolívar no tenía simplemente buena educación, sino una educación exquisita, le venía de herencia de muchas generaciones, y la recibió en la cuna; huérfano de padre a los dos años, se la inculcó su madre, gran dama y aristocrática señora, la perfeccionó en la refinada sociedad de Caracas, en la corte de Madrid, en París, en Roma, en Londres, se la imponía su corazón generoso y su amor a los hombres. En su enorme correspondencia no se encuentra una sola expresión vulgar.

“La opinión pública le acusaba de una ambición desmedida de mando, y su conducta confirmó esta opinión”. De

seoso de hacer el bien no rechazaba el mando, como el general San Martín, pero esta circunstancia no es condición obligada de grandeza, ni de honradez, como pretenden historiadores adocenados; Bolívar amaba el poder como medio de trabajar por el bien de sus conciudadanos, y si se quiere por ambición de gloria. Creer que no se puede ser grande, noble, abnegado sino a la manera del general San Martín es un craso error. El espíritu humano presenta un infinito número de tipos morales e intelectuales, apóstoles, guerreros, políticos, santos, profetas, diferentes entre sí, por el modo o la forma de sentir, de obrar, de hacer el bien.

El Libertador no murió en la indigencia, como asienta el juicio, ni esa es prueba de probidad, ni de desinterés. El no gastó en la patria sus cuantiosos bienes patrimoniales, primero porque estaban vinculados, y luego confiscados por los españoles. Los repartió a sus hermanas en 1827 cuando ya estaba abolido el vínculo o mayorazgo. Se reservó sólo las minas de cobre de Aroa, propiedad de su familia desde el año de 1630, para vivir en Europa con su renta segura de 12.000 duros al año. Esto no obsta para que fuera desprendido y dadivoso en grado sumo, de lo que hay tantos ejemplos.

“Permitía a los soldados más licencias que las que prescriben las leyes militares”. Es una calumnia infame del autor del juicio. En los días trágicos de 1814, en vísperas de la primera batalla de Carabobo, Bolívar mandó a *quintar* cerca de Valencia una columna de más de 200 hombres que se había desertado frente al enemigo. Murieron fusilados cerca de 50 entre soldados y sargentos. ¿Qué otro caudillo ha dado mayor prueba de rigor? En toda la guerra fué siempre severo con soldados delincuentes; jamás les permitió saqueos ni atropellos. Nos extenderíamos demasiado si fuéramos a citar innumerables casos de justicia que constan en documentos. Basta recordar las tremendas órdenes del día para impedir el merodeo en la marcha sobre Carabobo, en 1821, que hemos extractado en nuestro estudio sobre esa campaña, en el Boletín de la Academia de la Historia, número 96, página 443. Los soldados lo amaban porque

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

los cuidaba y era noble, justo, generoso. En las madrugadas de las marchas más penosas solía ayudar a cargar las mulas del parque para animar a los peones soñolientos. En campañas difíciles, como en la de Boyacá, pasaba y repasaba los pasos de ríos, llevando en las ancas de su caballo soldados enfermos o cansados. Visitaba constantemente los hospitales, para saber si los reclusos estaban bien atendidos.

Además de estas justas observaciones se nos ocurre que este juicio no es original sino inspirado en el extravagante publicado por el general Miller años atrás en sus Memorias, pues coinciden en iguales palabras, a saber: la figura de Bolívar no predisponía a su favor, sus maneras son buenas, mas su propensión es a insultar. Sus opiniones respecto a hombres y cosas son variables. El mirar gacho, inclinado o de lado cuando habla (8). Miller correspondió a grandes favores de Bolívar, como no los recibió de ninguno otro en su vida, acumulando contra él falsedades, calumnias y chismes.

No está fuera de lugar comentar aquí la horrible miniatura de Bolívar reproducida por el señor Rojas, según tradición argentina regalada por Bolívar a San Martín. Es una verdadera caricatura, quizás el retrato fué cambiado subrepticamente después del fallecimiento del Protector, por alguna mano malévola. Es difícil creer que un sensitivo como Bolívar, admirable crítico de literatura y de gusto exquisito en la apreciación de artes plásticas, regalara como retrato suyo un muñeco tan ridículo.

La otra pieza presentada por Lafond a que nos referimos es el elogio de Sucre atribuido también al general San Martín por este francés, que tanto nos ha dado que hacer con sus patrañas (9). Según este escrito, Sucre tenía más conocimientos militares que el general Bolívar. ¿Se refiere acaso a los ejercicios tácticos y reglas de combate que se enseñan en las academias o cuarteles y que cualquiera puede adquirir en poco tiempo? "El arte de la guerra —dice Bo-

(8) Memorias del general Miller, escritas por Mr. John Miller, edición de Madrid, tomo II, 294.

(9) Mitre, III, 547.

naparte— sólo se aprende por la propia experiencia y en el estudio de la historia". ¿Quién podía tener más experiencia ni más conocimiento de la historia militar que el hombre que había realizado doce campañas y dejó en sus oficios u órdenes de guerra pruebas concluyentes de conocer a fondo los clásicos militares de todos los tiempos? Quizás el autor del juicio quiso decir, pero no lo dijo, que Sucre se había distinguido singularmente en las operaciones de sus campañas, maniobrando con sabiduría y destreza insuperables. El guerrero, como el pintor, y el poeta, tienen su estilo, su sistema de ejecución. Aunque dos guerreros obedezcan a los mismos principios diferirán en la manera de proceder. Nosotros hemos revelado una discusión militar, entre Bolívar y Sucre, durante la campaña del Perú, de excepcional interés. Cada uno estuvo a la altura del otro. Equivalentes en el genio, Bolívar revela mayor familiaridad con los principios clásicos del arte. Por tanto las afirmaciones de este juicio de Lafond son testimonio de un criterio vulgar o amanerado en su autor. ¡Cuánto se puede decir en favor de Bolívar! La concepción y ejecución de sus grandes empresas, su energía sobrehumana, la habilidad desplegada en casi todos los momentos de sus campañas, la fecundidad de imaginación para variar los planes según las circunstancias, y su audacia creadora; cualidades mostradas en tan alto grado que no debían escapar a la penetración del general San Martín, mientras la frase citada que se le atribuye es un juicio adocenado sin aplicación posible a nuestros grandes capitanes y propia sólo para distinguir a un oficial cualquiera sin hazañas y sin gloria.

Los verdaderos propósitos del Protector

Dos veces anunció el general San Martín que venía a Guayaquil a conversar con Bolívar, pero en realidad su propósito en ambas ocasiones no fué otro sino el de influir en los ciudadanos y en los magistrados para incorporar la provincia de Guayaquil al estado peruano; proyecto acariciado por todos los dirigentes del Perú, quienes fundados en viejas tradiciones creían vigentes antiguos derechos del Perú sobre ese territorio. Como Colombia tenía adeptos en la ciu-

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

dad y le pertenecía la provincia por recientes Cédulas del Rey de España, el Protector en ambas ocasiones quiso anticiparse a una ocupación armada que pudiera realizar el Libertador de Colombia.

Bolívar había ofrecido a San Martín desde el 23 de agosto de 1821 su cooperación con el ejército colombiano para terminar la campaña del Perú y al efecto envió en misión especial a su primer edecán Diego Ibarra, pero como era condición esencial que la escuadra de Cochrane fuera a Panamá a transportar el ejército, y la llegada de Ibarra a Guayaquil coincidió con la del Almirante desligado de un todo del gobierno del Perú, y a la vez el ejército del general San Martín se había aumentado notablemente después de la adquisición del Callao, Sucre le escribió consultándole si a la sazón sería oportuna la cooperación del ejército colombiano, y le anunció como probable la próxima llegada de Bolívar a Guayaquil, procedente de la Buenaventura.

Estas noticias indujeron al general San Martín a dirigirse a Guayaquil con el fin indicado de influir en la incorporación al Perú antes de la llegada de Bolívar, y al efecto el 12 de enero de 1822 dió un decreto encomendando el mando al Marqués de Torre Tagle con el título de Supremo Delegado y en el preámbulo anuncia el motivo de su viaje con estas palabras:

“La Causa del Continente Americano me lleva a realizar un designio que halaga mis mas caras esperanzas. Voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. Los intereses generales del Perú y de Colombia, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad del destino a que, con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituido en alto grado responsables del éxito de esta sublime empresa” (10).

Poco antes el general San Martín había dado orden a la brigada de Santa Cruz, de unos 1.000 hombres, de marchar hacia Cuenca a las órdenes de Sucre a tomar parte en la

(10) Mitre. Historia del general San Martín, III, 610.

campana de Quito, en reemplazo del batallón colombiano de Numancia, reclamado con insistencia por Sucre como perteneciente a Colombia, pero resuelto su viaje a Guayaquil envió órdenes a fines de enero a la Junta de Gobierno de la ciudad, de dar el mando de la división combinada, es decir de la brigada peruana y de otra guayaquileña, al general La Mar, orden que el presidente Olmedo no creyó conveniente cumplir, y se lo expuso el 22 de febrero al general San Martín en estas palabras: "El nombramiento de La Mar para el mando de la división quizás podrá causar un efecto contrario al que nos proponemos todos. Con la salida de las tropas (las que marcharon con Sucre a la campana de Pichincha) se ha restablecido el orden a lo menos en apariencia. yo bien sé que el fuego está cubierto con una ceniza engañadora: por lo tanto una medida de esta clase puede ser un viento que esparza las cenizas y quede el fuego descubierto. Entonces el incendio civil será inevitable. Si La Mar va a la división será mal recibido y no es difícil que se le tiendan redes. Sucre, que muchas veces le ha ofrecido cordial o ex-cordialmente el mando, ahora lo tomaría a desaire y no sabemos de lo que es capaz un resentimiento colombiano. Los jefes y oficiales suyos piensan, hablan y obran lo mismo: no toda la división que marchó de Piura (la de Santa Cruz) es de confianza, pues es regular que Urdaneta (Luis) tenga a su devoción la parte que manda y la haga obrar según su interés, que no es ni identificado con el del Perú. Estas reflexiones y las que de ellas nacen, nos han hecho acordar que se suspenda el cumplimiento de la resolución de Ud. hasta que impuesto de todo esto y de los nuevos riesgos que nos amenazan, como puede usted temerlo por la comunicación que le dirigimos por extraordinario, tome una medida grande, eficaz y poderosa. La entrevista de usted es indispensable. Aquí hay un agente de Bolívar cerca del gobierno del Perú" (el señor Mosquera) (11).

¿Qué había sucedido? ¿Cuál era el motivo de la alarma de Olmedo? El 2 de enero el general Bolívar, impuesto de

(11) La carta completa se halla en el archivo de San Martín, Buenos Aires, 1910, tomo VII, página 433.

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

los manejos que desde atrás se venían urdiendo para agregar la provincia de Guayaquil al Perú, primero por los agentes Luzuriaga y Tomás Guido y luego por el general La Mar, había dirigido el 2 de enero un oficio al señor Olmedo, Presidente de la Junta de Gobierno de Guayaquil en que le decía: "Yo me lisonjeo, Exmo. señor, con que la República de Colombia habrá sido proclamada en esa capital antes de mi entrada en ella. V. E. debe saber que Guayaquil es complemento del territorio de Colombia: que una provincia no tiene derecho a separarse de una asociación a que pertenece, y que sería faltar a las leyes de la naturaleza y de la política, permitir que un pueblo intermedio viniese a ser un campo de batalla entre dos fuertes Estados; y yo creo que Colombia no permitirá jamás que ningún poder de América, enzete su territorio". Al mismo tiempo desarrolló sus ideas a Olmedo en carta privada y amistosa.

Esta declaración franca, perfectamente legal por los derechos incuestionables de Colombia a la posesión de la provincia, tenía por objeto evitar el escándalo de una guerra fratricida. Bolívar proclamando la integridad de la nación que representaba, y San Martín empeñado en sostener el partido separatista de Guayaquil y maniobrando para incorporar la provincia al Perú necesariamente debían chocar. A los derechos de Colombia se oponía en apariencia el respeto a los pueblos, por haber declarado la provincia su independencia temporal, mientras se unía a una de las dos repúblicas, pero en el fondo sólo existía una política nacionalista peruana, juicio a que forzosamente se llega al analizar la numerosa documentación de uno y otro bando.

En su nota de intimación del 2 de enero de 1822, Bolívar le anunciaba a Olmedo el traslado inmediato de la división Torres de 2.000 hombres a Guayaquil, por la vía de la Buenaventura, y el suyo propio con la Guardia Colombiana el mes siguiente, porque estaba resuelto a hacer la campaña de Quito, partiendo de Guayaquil para evitar el obstáculo de Pasto, pero interrumpida la navegación inesperadamente tuvo que cambiar de plan (12).

(12) Al señor Presidente del Gobierno de Guayaquil, J. J. Olmedo, 2 de enero de 1822. O'Leary, XIX, 112.

Esa nota, por estar ocupado el territorio de Quito y Pasto por los españoles llegó a Guayaquil el 7 de febrero, e inmediatamente se despacharon sendos oficios con un correo extraordinario al general San Martín tanto por parte de la Junta de Gobierno, como del ministro del Perú en Guayaquil señor don Francisco Salazar. Despachado en buque de vela el mismo día, el correo tocó el 20 de febrero en Huancho, puerto de la ciudad de Trujillo, donde se hallaba el general San Martín, y dos días después, el 22 de febrero, el Protector se devolvió inesperadamente hacia Lima.

Mas todavía: al llegar a la capital del Perú el día 3 de marzo, el Protector por medio del Ministro Manteagudo, dió orden a Santa Cruz de abandonar la campaña que había emprendido con Sucre hacia Quito, y de retirarse a su base del Perú; y a La Mar de sostener con energía la independencia absoluta de Guayaquil si el pueblo lo apoyaba como se creía seguro en Lima; y en caso de pronunciarse la mayoría por Colombia, La Mar, debía reunir y aumentar la división de Santa Cruz en Piura, tomar el mando de la costa del Norte y defender el Departamento de Trujillo (13): en otra nota de la misma fecha, al gobierno de la provincia, redactada en el mismo espíritu, el gobierno peruano le ofrece apoyarlo con las armas, si Guayaquil quiere cumplir su juramento de sostener su autonomía (14). Pero no fué esto todo, sino que el mismo día, 3 de marzo, el Protector reunió el Consejo de Estado, le consultó si declaraba la guerra a Colombia, obtuvo la autorización contra la opinión de Manteagudo y del general Alvarado (15), y dirigió a Bolívar aquella nota, en tono imperial, intimándole respetar la autonomía de la provincia, contestada por Bolívar cuando llegó a Quito, brillantemente, exponiéndole la teoría de la integridad nacional, opuesta a las rebeldías provincianas (16). Circunstancias felices impidieron el escándalo de una tragedia sangrienta entre dos pueblos hermanos. El con-

(13) Paz Soldán, el Perú Independiente. Primer Período, pág. 261.

(14) Paz Soldán, obra citada, pág. 369.

(15) Restrepo, Historia de Colombia, III, 194.

(16) Recopilación de Documentos Oficiales. Guayaquil, 1894. Páginas 226 v 228.

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

flicto lo resolvieron la energía de Sucre al oponerse a la retirada de Santa Cruz, la serenidad de Olmedo al no cumplir las órdenes del Protector, la voluntad del pueblo de Guayaquil inclinado a Colombia y las victorias de Bomboná y Pichincha, de tanta influencia en Lima que decidieron de la firma del tratado de Confederación entre el Perú y Colombia el 6 de julio, contribuyendo, también en cuanto al país hermano, el regocijo de la gloria adquirida por la división Santa Cruz (17).

Con estos hechos queda demostrado que, a pesar de la vestidura política de la entrevista, el propósito del Protector, en enero de 1822, no fué sino el de influir personalmente en Guayaquil en favor de la nación cuyos intereses tenía a su cargo, conducta lógica en nuestro sentir y propia de cualquiera política internacional sana.

Estos hechos ocultos a los contemporáneos los hemos reconstruido y revelado nosotros analizando documentos sacados a luz por uno y otro bando.

Como veremos adelante la segunda salida del Protector hacia Guayaquil, esta vez en julio de 1822, tuvo el mismo propósito de influir en la incorporación de la provincia al Perú, según el ardiente deseo del grupo dirigente a la sazón en Lima.

Cartas de Bruselas y de Boulogne-Sur-Mer

Al referirse a nuestros trabajos sobre las cartas apócrifas relativas a la Conferencia de Guayaquil, el señor Rojas expresa que no hemos dicho nada sobre las denominadas cartas de Bruselas y de Boulogne-Sur-Mer. No lo creíamos necesario porque en nuestro trabajo sobre la Conferencia de Guayaquil, publicado en el Boletín N° 101 de la Academia de la Historia, adoptamos la crítica magistral del historiador ecuatoriano Camilo Destruge, sobre el primero de es-

(17) Véanse la nota de Santa Cruz a Sucre, Cuenca, 29 de marzo, participándole que tiene orden de regresar a Lima con la división, la constatación de Sucre del 30 oponiéndose enérgicamente a dejarlo partir, y las notas subsiguientes hasta la terminación del conflicto. Andrés Eloy de la Rosa. Torres Aguirre, Lima, 1938. Páginas 362 y siguientes.

LA VERDAD HISTORICA

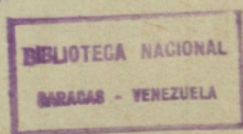
tos documentos, y sus razonamientos se aplican perfectamente al segundo; pero como hemos sabido que la carta del general San Martín para Miller se presenta como documento de peso en contra de nuestra demostración, hemos hecho un estudio analítico y completo de esta carta y ya estaba en prensa cuando recibimos el folleto del señor Rojas. Por este motivo se publica aparte a continuación de las presentes notas, y no se han podido evitar algunas repeticiones.

Observaciones de Sarmiento

En su artículo sobre Bolívar y San Martín, publicado en la Revista Sud América, de 17 de julio de 1851, el ilustre Sarmiento, refiriéndose a sus conversaciones con el antiguo Protector dice lo siguiente: "Estoy muy distante, y lo estaba entonces, (cuando compuso una memoria para el Instituto Histórico de Francia sobre la Entrevista de Guayaquil), de poner entera fé en las declaraciones naturalmente interesadas de uno de los grandes caudillos de la independencia americana. Cada uno de los hombres públicos que han figurado entonces tiene que rehacer una página de su historia y el trabajo más ingrato de la generación que les sucede, es el de restablecer los hechos y la verdad, en despecho de las aseveraciones interesadas de los personajes".

Estas observaciones, muy justas, expresan el valor relativo y circunstancial de las declaraciones unilaterales, escritas después de pasados los acontecimientos, sin someterlas a la prueba de los hechos.

(18) Obras de D. F. Sarmiento, II, página 361. Edición de Santiago de Chile, 1885.



LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

II

CARTA DEL GENERAL SAN MARTIN A MILLER

Bruselas y abril 19 de 1827.

Señor General don Guillermo Miller.

Mi querido amigo:

Voy a contestar a su estimable del 9.

Después de mi última carta mi espíritu ha sufrido infinito, pues Mercedes ha estado a las puertas del sepulcro de resultas del sarampión, o como aquí se llama fiebre escarlantina; enfermedad que atacó a casi todas las niñas de la pensión, felizmente la chiquita está fuera de todo peligro pues hace tres días se levantó por primera vez, esta circunstancia es la que ha impedido remitir a Vd. con más antelación los apuntes pedidos y que ahora adjunto.

Los detalles que Vd. me pide de la acción de San José no se los remito en razón de serme desconocidos, pero si Vd. necesita los de San Lorenzo, se los podré enviar con su aviso. También le incluyo un pequeño croquis de la de Chacabuco pues creo que Vd. no conoce esta posición.

No creo conveniente hable Vd. lo más mínimo de la Logia de Buenos Aires, estos son asuntos enteramente privados, y que aunque han tenido y tienen una gran influencia en los acaecimientos de la Revolución de aquella parte de Améri-

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

ca, no podrían manifestarse sin faltar por mi parte a los más sagrados compromisos. A propósito de Logias, sé a no dudar que estas sociedades se han multiplicado en el Perú de un modo extraordinario. Esta es una guerra de zapa que difícilmente se podrá contener, y que harán cambiar los planes más bien combinados.

Me dice Vd. en la suya última lo siguiente: "Según algunas observaciones que he oído vertir a cierto personaje *él* quería dar a entender que Vd. quería coronarse en el Perú, y que este fué el principal objeto de la entrevista de Guayaquil", si como no dudo (y esto sólo porque me lo asegura el general Miller) *el* cierto personaje ha vertido estas insinuaciones, digo que lejos de ser un caballero sólo merece el nombre de insigne impostor, y de despreciable pillo, pudiendo asegurar a Vd. que si tales hubieran sido mis intenciones, no era *él* quien hubiera hecho cambiar mi proyecto. En cuanto a mi viaje a Guayaquil *el* no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú: auxilios que una justa retribución (préscindiendo de los intereses generales de América) lo exigía por los que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada cuanto *el* ejército de Colombia después de la batalla de Pichincha se había aumentado con los prisioneros, y contaba con 9.600 bayonetas; pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primer conferencia con el Libertador me declaró que haciendo todos los esfuerzos posibles sólo podía desprenderse de tres batallones con la fuerza total de 1.070 plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba convencido que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia: así es que mi resolución fué tomada en el acto, creyendo de mi deber hacer el último sacrificio en beneficio del Perú. Al siguiente día y a presencia del Vice-Almirante Blanco dije al Libertador que habiendo dejado convocado al Congreso para el próximo mes —el día de su instalación sería el último de mi permanencia en el

Perú, añadiendo —Ahora le queda a Vd. general un nuevo campo de gloria en el que va Vd. a poner el último sello a la libertad de la América. Yo autorizo y ruego a Vd. escriba al general Blanco —a fin de rectificar este hecho. A las dos de la mañana del siguiente día me embarqué, habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote, y entregándome su retrato como una memoria de lo *sincero* de su amistad. Mi estada en Guayaquil no fué más que de 40 horas, tiempo suficiente para el objeto que llevaba. Dejemos la política y pasemos a otra cosa que me interesa más.

Mucho le agradezco las noticias que me da del Comodoro Bowles y de su señora: tenga Vd. la bondad de hacerles presente mis más sinceros respetos y amistad, lo mismo que al caballero Spencer.

Por el próximo correo remitiré las nuevas noticias que Vd. me pide en su última, pues me es imposible marchen por este y no teniendo quien me lleve la pluma para dictar (por hallarse ausente mi hermano) tengo que valerme de un extranjero, lo que hace duplicar el trabajo para corregir sus faltas.

Tengo cartas de Lima que alcanzan al 12 de noviembre, y de Guayaquil hasta el 3 —nada particular excepto que la odiosidad contra el ejército colombiano, con especialidad contra sus oficiales crecía con rapidez. De Buenos Aires con fecha 7 de enero me dicen que el 27 de diciembre el ejército Oriental se había puesto en marcha para batir al brasileiro, que se hallaba en las Puntas del Yaguarón, y que para el 10 o 15 del siguiente se aguardaba con impaciencia de los resultados.

Adiós, amigo mío. Hágame el gusto de ofrecer mis respetos a mi señora su madre y estar seguro lo quiere sinceramente su

José de San Martín.

P. S. Mi mayordomo en Mendoza se me escribe quedaba en la agonía, si su muerte se verifica tendré necesariamente que pasar a América en este año para no abandonar mis intereses.

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

REFUTACION DE LA CARTA DEL GENERAL SAN MARTIN

Divulgada la falsedad de la carta de Lafond de 29 de agosto de 1822 para Bolívar, atribuida al general San Martín, no era posible a los adeptos a la leyenda sobre la conferencia de Guayaquil, basada en dicha carta, admitir sin reacción las innumerables pruebas que hemos presentado, la Academia de la Historia de Venezuela y nosotros, contra la autenticidad de la zarandeada impostura. Así se explica que recientemente en una sesión de la Academia de la Historia de Buenos Aires el honorable señor don Ricardo Levene, presidente del docto cuerpo, con el beneplácito de varios compañeros, declarara como un dogma que la expresada carta de Lafond es auténtica, fundándose en que está de acuerdo con otros documentos fehacientes, pero en realidad, sólo se ha presentado en su abono una misiva del general San Martín, fechada el 19 de abril de 1827 en Bruselas, sin fuerza suficiente para destruir ni una sola de las múltiples pruebas presentadas por nosotros contra la superchería de Lafond. Pero antes de efectuar su análisis debemos hacer una explicación para evitar susceptibilidades de mucha influencia en polémica tan delicada, como la presente, inevitable en defensa del honor de nuestro héroe, y Padre de la Patria.

La carta de Lafond está calculada para arrojar sobre Bolívar la culpa de que San Martín no terminara su obra del Perú, y de todas las catástrofes, muertes, extorsiones, atraso de dos años de la independencia y demás ocurrencias funestas, debidas a la ineptitud de los dirigentes sucesores del general. Es una combinación maquiavélica dada al público como moneda de buena ley aunque se halla en completa contradicción con todos los documentos emanados del propio general San Martín, antes y después de su abdicación, y con todos los hechos ocurridos en el Perú desde el día de la separación de San Martín —21 de setiembre de 1822— hasta la fecha de la llegada de Bolívar, el 1º de setiembre de 1823. Basta analizar lo ocurrido en estos 11 meses en el Perú, para comprender que la carta de Lafond es una patraña incon-

sistente, pero sus adeptos, por la fuerza del hábito, siguen sosteniéndola sin estudiar los sucesos.

La América —decía Bolívar— está en crisálida es decir, que no ha alcanzado el desarrollo propio de una refinada cultura. Y este postulado todavía es verdad a pesar del siglo transcurrido. Negarlo sería una temeridad, si se considera la escasa importancia de nuestros estudios científicos en general. En historia, por ejemplo, no se ha generalizado el análisis imparcial, y con frecuencia se emplea el panegírico interesado o la invectiva vehemente, según el amor propio o el orgullo nacional de los autores. Privan también celos que pudiéramos llamar infantiles, de una nación a otra. Por ejemplo, cuando un gran-colombiano dice: "Bolívar es el hombre más grande de la América", un argentino replica al brinco: "San Martín es el primer hombre del Continente!" Puerilidades impropias de verdadera cultura. Pero eso no es todo. Tanto Bolívar para nosotros los tropicales como San Martín para los argentinos fueron infalibles, y no es así. Ambos se equivocaron lamentablemente en el Perú: San Martín al dejar incompleta su obra y entregando el espléndido ejército de 11.000 hombres formado por él a un general inepto como Rudecindo Alvarado y la dirección de la campaña a la incapacidad del general La Mar; y Bolívar, acertado en la elección de sus colaboradores, se equivocó de igual manera que San Martín, pero en sentido inverso, al empeñarse en formar la gran confederación boliviana de Potosí al Orinoco, que lo condujo a cometer otros errores en Colombia de consecuencias terribles para él mismo.

Y aquí se podría preguntar ¿cuál fué más abnegado, más patriota, más honesto, el que abandonó el poder espontáneamente y dejó a sus conciudadanos que se arreglaran como pudieran o el que se empeñó en formarnos una gran nación, poderosa y ordenada? Para contestar sería necesario admitir que no hay sino una sola clase de grande hombre, además de que el problema es indeterminado y por tanto insoluble, porque no se puede acertar lo sucedido en uno u otro ambiente de ser inversa la conducta de los respectivos caudillos. Y cuanto se escriba a este respecto es prueba palmaria

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

de primitivismo, trátase del dogma decretado en Buenos Aires o de aquellos elogios desmedidos de nuestro gran Larrazábal a los más sencillos actos de Bolívar, o bien la ocurrencia de Villanueva de situar al héroe, por sus excelsas dotes, entre los hombres y Dios! Bajo este respecto los argentinos y nosotros estamos más o menos de quien a quien. La gran república del Plata a pesar de su inmenso desarrollo literario, político, social e industrial tiene todavía mucho por andar para que sus estudios históricos puedan igualar el admirable progreso alcanzado en otros ramos. Pero en nuestro sentir esto sucederá pronto: en todo el país se inicia un vigoroso movimiento en ese sentido que impulsan con arte y sentido histórico los insignes escritores Enrique de Gandía, Juan Pablo Echagüe, Ricardo Carrasco y muchos otros, autores de obras de mérito indiscutible.

Sentado todo esto debemos todavía exponer hechos cuyo conocimiento es necesario antes de entrar en el estudio que nos proponemos. La separación del general San Martín dejó en el Perú un vacío inmenso y trajo como consecuencia la catástrofe: el ejército chileno-argentino de Alvarado fué batido en Torata y Moquehua. Los partidos peruanos que asumieron el mando fracasaron sucesivamente y los restos del ejército argentino encargados de guarnecer el Callao lo entregaron a los españoles. La obra del Protector desapareció por completo y sus amigos quedaron dispersos y sin protección. De este caos surgió Bolívar, con su ejército colombiano y peruano y una vez que hubo arrojado del país a los españoles, estableció un nuevo régimen político en el cual naturalmente no tuvieron cabida todos los que habían figurado en alta escala con el general San Martín. De aquí las críticas y el odio a Bolívar, la hostilidad de antiguos políticos peruanos, los chismes y enredos con que molestaban constantemente al general San Martín en su retiro, y las leyendas que se forjaron sobre su abdicación del poder. ¿Por qué nos abandonó? decían, ¿por qué dejó el mando? ¿por qué se retiró a la vida privada cuando tenía por delante un brillante porvenir para él y para nosotros?

Después del triunfo de Bolívar, según el general Iriarte,

unos decían que San Martín había abandonado el país por temor a un conflicto con el héroe colombiano, (1) idea absurda, sin pie ni cabeza; otros, como Tomás Guido, atribuían a San Martín expresiones como ésta: "Bolívar y yo no cabemos en el Perú", concepto insustancial y tonto, aplicado a tan vasto teatro de la guerra, donde prácticamente se necesitaban dos ejércitos, uno en la costa y otro en la cordillera, y concepto que por cierto es contrario a la carta de Lafond, según la cual San Martín invitó a Bolívar a concurrir al Perú y nada menos que a tomar el mando superior; y por último nació la conseja de que el Protector se había retirado del Perú porque Bolívar le había negado sus socorros militares considerados por él indispensables para llevar a buen fin la campaña. Consejas falsas, a todas luces: San Martín abandonó el Perú por la misma razón que no quiso tomar el mando en la Argentina, fenómeno moral debido a exceso de desprendimiento de su espíritu, o a la convicción de que sin violencias no se podía gobernar en paz estos países como lo declaró en Londres en 1824, en presencia de Alvear, Iriarte y muchos otros suramericanos. Ambas causas son eminentemente honrosas para el gran patriota. A esta época pertenece la carta del general San Martín para Miller que se quiere presentar como prueba de la validez de la carta de Lafond y que nosotros vamos a refutar en seguida.

Valeroso y activo, pero inepto en los combates, el inglés Miller era ingrato, enredador y chismoso. Bolívar lo encontró sin puesto, le dió el cargo de explorador por su entusiasmo y actividad, terminada la campaña lo elevó a general de división, mandó a pagarle el primero su participación en el millón del Perú y lo hizo nombrar prefecto de Potosí; sin embargo en sus Memorias anotaba falsedades y calumnias contra Bolívar, y desaparecido el régimen boliviano del Perú con el alzamiento en Lima de la Tercera División colombiana, el 29 de enero de 1827, escribió al general San Martín la carta contra Bolívar, cuya contestación vamos a analizar.

(1) Memorias del general Tomás de Iriarte, tomo III, p. 123. Sociedad Impresora Americana. Buenos Aires.

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

Para más claridad dividiremos nuestras observaciones en capítulos, según los puntos que debemos rebatir.

1º En su carta Miller le escribió al general San Martín estas insidiosas palabras: "Según algunas observaciones que he oído vertir a cierto personaje (el general Bolívar) él quería dar a entender que usted quería coronarse en el Perú y que éste fué el principal objeto de la entrevista de Guayaquil". Semejante aserción es sencillamente un chisme y vil calumnia, puesto que en las relaciones de la Conferencia, Bolívar afirma enfáticamente que ninguno estaba más lejos del trono que el Protector y además de esta declaración terminante, en carta íntima al Vicepresidente Santander le asegura también que San Martín "tiene ideas correctas de las que a Vd. le gustan", es decir, que era hombre de ley y principios como Santander; por tanto el mismo Bolívar no podía atribuirle que fuera a Guayaquil a buscar cooperación en favor de una monarquía; un hombre de Ley no apela a medios torcidos para establecer o cambiar un régimen.

2º El calificativo de Pillo aplicado a Bolívar por el general San Martín, no es condicional sino efectivo, dada su afirmación de que él no dudaba de las declaraciones que le atribuye Miller, y no nos sorprende este error del general San Martín, porque por el fracaso de su plan de incorporar la provincia, él se fué de Guayaquil profundamente disgustado, y resentido contra Bolívar. Prueba de ello son estas palabras escritas a su confidente el general Tomás Guido: "Ud. tendrá presente que a mi regreso de Guayaquil le dije la opinión que me había formado del general Bolívar, es decir, una ligereza extrema, inconsecuencia en sus principios y una vanidad pueril, pero nunca me ha merecido la de impostor". En cuanto a lo primero este juicio es perfectamente equivocado, porque Bolívar en todos los actos de su vida mostró siempre el carácter más fuerte, firme y constante, circunstancia que excluye el defecto de la ligereza, y analizándolo sin prejuicios a primera vista se observa que tampoco puede achacársele el de la vanidad, porque en la fortuna se mostró siempre filósofo, salvo el caso excepcional al

LA VERDAD HISTORICA

término de su estada en Lima cuando se equivocó sobre la fuerza de su prestigio.

El 3 de marzo de 1822, refiriéndose el general San Martín a la intimación dirigida por Bolívar al gobierno de Guayaquil para que se agregara a Colombia, le escribió lo siguiente: "Dejemos que Guayaquil consulte su destino y medite sus intereses para agregarse libremente a la sección que le convenga, porque tampoco puede quedar aislado sin perjuicio de ambas". Y Bolívar al llegar a Quito le contestó el 22 de junio estos conceptos precisos: "V. E. expresa el sentimiento que ha tenido al ver la intimación que hice a la provincia de Guayaquil para que entrase en su deber. Yo no pienso como V. E. que el voto de una provincia debe ser consultado para constituir la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las asambleas generales reunidas libre y legalmente" (2) Compárense estas ideas con todo lo actuado y escrito por Bolívar en su vida pública y no se hallará inconsecuencia alguna. Cuando Bolívar erró, fué por demasiado entero, por consecuente consigo mismo, por no amoldarse a los tiempos.

En confirmación del estado de espíritu del Protector después de la conferencia, basta citar estas frases de Bolívar en carta del 27 de octubre de 1822 a Santander: "San Martín y otros de sus jefes han ido despedazándose por las cosas de Guayaquil" (3). Son fatalidades inevitables: en Guayaquil tenían que chocar los intereses del Perú, aspirante a la provincia, con los de Colombia defendiendo lo suyo.

Sea por política o por admiración y respeto a las virtudes del Protector, cuando Bolívar se encargó del mando en Lima restableció su retrato en Palacio, y de ordinario lo mencionaba con expresiones honrosas.

Pero estas demostraciones no podían contrarrestar las quejas constantes que en su retiro recibía el general San Martín de sus numerosos amigos y antiguos partidarios que no

(2) Recopilación de Documentos Oficiales. Guayaquil, 1894, p. 226 y y 228.

(3) Cartas del Libertador, III, 108.

habían tenido cabida en el gobierno de Bolívar. Todos ellos criticaban la nueva administración del Perú, proferían toda clase de resentimientos y quejas contra Bolívar, y censuraban amargamente la abdicación del Protector. Gritaban como ranas en un charco oscuro, sin la luz del sol. Nada menos que su antiguo ministro de guerra, el general Tomás Guido, le decía en carta íntima el 30 de agosto de 1826 desde Buenos Aires: "Jamás perdonaré la retirada de usted del Perú y la historia se verá en trabajos para cohonestar este paso; piense usted lo que quiera sobre esto: tal es y será siempre mi opinión" (4). Palabras crueles e innmerecidas bajo todo respecto. Aunque el general Guido perdió sus destinos en el Perú y no pudo conseguir otros análogos en el Gobierno de Bolívar, apesar de las numerosas cartas que le escribiera solicitando su protección, era una inconsecuencia y una ingratitud, martirizar el alma de su antiguo general con reproche tan injustificado. Más todavía: "San Martín recibía carta tras carta anunciándole como perseguía Bolívar a cuantos no empuñaban el clarín para desacreditarlo" (5). Tan maligna correspondencia en parte anónima repetida de año en año fué labrando en el espíritu del general San Martín recelos y desconfianza y predisponiéndolo a aceptar juicios equivocados respecto a Bolívar, fenómeno muy humano, dada la acción de los enredadores, incansables en sus venenosas sugerencias.

3º Dice el general San Martín que en cuanto a su viaje a Guayaquil no tuvo otro objeto que reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú, auxilios que una justa retribución exigía por los que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Y agrega que a pesar de que el ejército colombiano después de la Batalla de Pichincha, aumentado con los prisioneros, contaba con 9.600 bayonetas, el Libertador le declaró que haciendo todos los esfuerzos posibles sólo podía desprenderse de tres batallones con la fuerza total de 1.070 plazas insuficientes para terminar la guerra. Rebataremos por partes estas aserciones.

(4) Archivo del general San Martín, VI, 500. Boletín de la Academia de la Historia, Nº 101, p. 39.

(5) La misma carta de la nota precedente.

LA VERDAD HISTORICA

El eminente historiador guayaquileño Camilo Destruge ha refutado la primera con admirable lógica. No era necesario —dice— que el general San Martín se molestara en ir a Guayaquil para obtener los auxilios militares de Bolívar. Tales auxilios se los había ofrecido el general Sucre al ministro de guerra del Perú, general Tomás Guido, en oficio fechado en Quito el 22 de junio de 1822, y Bolívar había dado la seguridad de esos auxilios al general San Martín en su oficio de 17 de junio que contiene este párrafo: "Tengo la mayor satisfacción en anunciar a V. E. que la guerra de Colombia está terminada, y que su ejército está pronto a marchar a donde quiera que sus hermanos lo llamen, y muy particularmente a la patria de nuestros vecinos del Sur a quienes por tantos títulos debemos preferir, como los primeros amigos y hermanos de armas", y San Martín había agradecido tan espontáneo ofrecimiento en su oficio contestación al de Bolívar, fechado en Lima el 13 de julio, vispera de embarcarse para Guayaquil.

Pero hay una circunstancia más, añade Destruge, que hacía innecesario y hasta extemporáneo el viaje de San Martín con el sólo objeto de "reclamar del general Bolívar los auxilios ofrecidos desde 1821 en favor del Perú, y consistía en el tratado de confederación y mutua ayuda, entre Colombia y el Perú celebrado en Lima el 6 de julio, por los ministros Bernardo Monteagudo y Joaquín Mosquera, según el cual ambos estados se comprometían a socorrerse con 4.000 hombres al menor requerimiento de uno de ellos (6). Y estos fueron, aparte de la división auxiliar, los 4.000 hombres ofrecidos por Bolívar en su oficio de 9 de setiembre de 1822 al Perú, cuando todavía el Protector estaba en Lima, aunque él "no hubiese manifestado (en la conferencia) temor de peligro por la suerte del Perú" (7).

El ejército del general San Martín, reforzado con el contingente colombiano, sumaba 11.000 veteranos, suficientes para batir a los españoles que apenas contaban en 1822 con

(6) Camilo Destruge (D'Amecourt) *Historia de la Revolución de Octubre y Campaña Libertadora*, Guayaquil, 1920, pág. 401.

(7) *El Argos de Buenos Aires*, N° 44, 31 de mayo de 1823.

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

9.000 hombres en el Bajo Perú. Pruébalo que Bolívar liberó el país en 1824 con sólo 9.600 combatientes cuando los españoles, reforzados gracias a sus triunfos y a la readquisición del Callao tenían en el Bajo Perú de 12 a 13.000 soldados.

Además de esto multitud de hechos probados determinan cual fué el objeto principal del viaje del general San Martín a Guayaquil: las medidas tomadas por el Perú desde que estalló la revolución de octubre de 1820, la consulta del Protector a su Consejo de Gobierno, de declarar la guerra a Colombia cuando supo que Bolívar se dirigía a Guayaquil con la división Torres, las órdenes dadas a Santa Cruz de abandonar la campaña y a La Mar de retirarse con dichas fuerzas si Bolívar insistía en ocupar a Guayaquil, las fuerzas peruanas de mar y tierra reunidas allí en vísperas de la Conferencia, la obsesión de los peruanos por la provincia, los informes falsos de que todos los ciudadanos eran adictos al gobierno de Lima, los deberes de San Martín con el Perú, todo esto concurre a convencernos de que el objeto principal del Protector al emprender el viaje fué el de incorporar al Perú la provincia de Guayaquil. El había expresado que el Perú, para convertirse en potencia marítima y dominar el Pacífico, necesitaba las maderas, el anclaje y el astillero de Guayaquil, a la vez que los peruanos le aseguraban que el Perú tenía derecho perfecto a la posesión de la provincia ¿quién no se rinde ante razones tan fuertes y convincentes?

Sin embargo los hechos probaron que las informaciones de los peruanos no eran exactas. Por las Reales Cédulas Guayaquil pertenecía a Colombia, los ciudadanos en su gran mayoría odiaban al Perú, y querían pertenecer a un estado independiente, o en último caso a Colombia, si Quito se pronunciaba por esta república; de manera que apenas llegó Bolívar a Guayaquil con el prestigio de sus triunfos recientes y la decisión de Quito a su favor, la población en masa se pronunció por Colombia con desaire de la junta gubernativa, aun cuando formaba parte de ella el gran poeta Olmedo. Tales eran los hechos consumados cuando a los pocos días llegó al puerto el general San Martín y al impo-

nerse de actos tan inesperados se dió cuenta de que tanto los individuos de la junta como los adeptos al Perú lo habían engañado con datos equivocados y resolvió no desembarcar. Fué necesario que Bolívar, quien le había enviado una carta de saludo con sus edecanes, le escribiera por segunda vez, rogándole venir a tierra, donde todos deseaban agasajarlo, para que el Protector desembarcara y una vez en la ciudad, a pesar de la sencillez y naturalidad de su carácter y de las atenciones de Bolívar, en la conferencia no pudo disimular su displicencia: frustrado el objeto de su viaje, naturalmente quedó profundamente disgustado. A los adeptos al Perú, como lo habían engañado miserablemente los recibió con el mayor desdén. Al otro día al partir en la fragata le decía a sus amigos: "Pero han visto ustedes como el general Bolívar nos ganó de mano" (8). En estos apuntes omitimos por brevedad otras observaciones, hechos y documentos, que comprueban cuanto va expresado y están publicados en nuestra obra "Cartas Apócrifas sobre la Conferencia de Guayaquil". Aquí solamente haremos mérito de la aseveración del general Mitre, el historiador insospechable de San Martín, sobre esta importante cuestión.

Después de narrar este autor los actos de Bolívar en Guayaquil y la resolución del pueblo en favor de Colombia, con la acritud e injusticia, habituales en él al referirse al héroe colombiano, dice así: "San Martín por su parte se preparaba a ejecutar una maniobra análoga, consecuente con su política y sus declaraciones comprometidas a sostener el voto libre del estado mediatizado. Al efecto, se había hecho preceder por la escuadra peruana, que a la sazón se encontraba en Guayaquil bajo las órdenes de su almirante Blanco Encalada, con el pretexto de recibir la división auxiliar peruano-argentina que desde Quito debía embarcarse en dicho puerto. Ocupadas así la ciudad por agua y tierra, el Protector contaba con ser dueño del terreno, para garantizar el voto libre de los guayaquileños, y tal vez para inclinarlo a fa-

(8) Historia de San Martín y de la Emancipación Sur Americana. Segunda Edición. C. H. Bouret. París, 1890. Tercero, p. 619. Informe del general Rufino Guido. En la nota.

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

vor del Perú. Pensaba que a su llegada se hallaría el Libertador en Quito, hasta donde era su intención dirigirse, como lo había anunciado, a fin de buscar allí el acuerdo en actitud ventajosa; pero Bolívar "le ganó de mano", según él mismo declaró después" (9).

Tal fué el objeto principal de la Conferencia pero el general San Martín no podía decirlo así al chismoso y charlatán de Miller. Hay cosas que no se pueden confesar aun cuando no sean delitos, ni faltas de equidad, ni simples errores, porque en la vida social se imponen conveniencias y prácticas de las cuales no podemos prescindir, y creemos que de sobrevivir Bolívar y llegarse cualquier majadero a interrogarlo sobre muchos de sus actos o proyectos, por decoro o si se quiere por orgullo, se hubiera reservado muchas cosas. Apuntamos esto para dejar establecido que nosotros no censuramos en estos actos al general San Martín y consideramos natural y humano cuanto hizo en relación a la posesión de Guayaquil, como jefe del Perú, pero que no podía estar confesando al primero que lo interrogara.

4º El general San Martín anota en su carta a Miller que los tres batallones dados por Bolívar sumaban 1.070 hombres. Es un error, por trasposición de cifras de 1.700 a 1.070. En el momento de partir de Quito tenían 1.800, al embarcarse 1.700, pero al llegar al Perú por bajas de enfermos y desertores su efectivo era el siguiente:

Vencedor en Boyacá..	587 plazas
Pichincha..	699 "
Yaguachi..	370 "

Sumaban 1.656 plazas (10)

a los que se agregaría el batallón Voltijeros, antes Numancia, existente en el Perú para formar la división auxiliar del Perú de 2.500 a 2.800 plazas; única fuerza exigida por el general San Martín como consta en su oficio a Sucre de 24 de junio

(9) Mitre. Tercero, 619.

(10) Paz Soldán. Historia del Perú Independiente. Primer período II, 328, en la nota.

de 1822, escrito dos días después de recibir la noticia de la victoria de Pichincha, pidiéndole que "devolviera la división de Santa Cruz con otra de 1.500 a 2.000 bravos colombianos, para terminar la guerra de América" (11).

5º También se equivoca el general San Martín al decir que el ejército colombiano aumentado, cuando la Conferencia, con los prisioneros de Pichincha contaba 9.600 bayonetas. Es confusión de fecha y lugar. Ese fué exactamente el número de soldados reunidos por Bolívar en 1824 para la campaña del Perú, 8.600 que tenía al partir de Huaraz hacia Cerro de Pasco y 1.000 del batallón Caracas y Dragones de Venezuela, que recibió después de la acción de Junín. Obsesionado el general San Martín por este número creyó que era el del ejército colombiano del Sur en 1822.

Terminada la batalla de Pichincha sólo le quedaron a Sucre poco más de 1.000 colombianos útiles y Bolívar entró en Pasto únicamente con 2.000 de los cuales algo más de la mitad eran veteranos y los demás reclutas y perdió muchos en las marchas hasta Quito. Todos los prisioneros hábiles montantes a unos 700 a 800 hombres fueron dados a Santa Cruz, pues aunque Sucre tomó 1.100 soldados y 300 oficiales éstos no podían servir, y de los soldados muchos no convenían en las tropas, de manera que el ejército libertador en julio de 1822, en los tres departamentos del Sur, sólo era de 3.300 hombres, incluyendo reclutas y prisioneros agregados. Restados los 1.700 destinados a la división auxiliar sólo quedaron en el Sur 1.500 a 1.600 hombres (12).

6º Estos errores del general San Martín prueban que en aquellos años debido a su prolongada ausencia y el cambio

(11) Paz Soldán. Historia del Perú Independiente. Primer Período, tomo I, pág. 301. Catálogo M. S. 284.

(12) Sucre partió de Guayaquil con 1.000 hombres y la división Santa Cruz de Piura con 900, poco después Sucre recibió de Guayaquil 500 a 600 soldados entre altas de los hospitales, dos compañías de Paya y algunos reclutas y a Santa Cruz le llegaron 300 reclutas de Piura. Con estos refuerzos, restadas las pérdidas de las primeras marchas, la división contó en abril 2.000 infantes y 400 jinetes, es decir, 2.400 plazas, pero como tuvo 200 muertos y 140 heridos, la mayor parte colombianos, después de la acción Sucre quedó solamente con 1.000 a 1.100 colombianos. Boletín de la Academia de la Historia N° 100, páginas 366, 367, 383 y 389.

de escenario había confundido unos sucesos con otros, por lo que su afirmación de haber dicho a Bolívar que le quedaba un nuevo campo de gloria, en el que debía sellar la libertad de América, puede ser otra confusión, pues ese aserto está en perfecta contradicción con la actitud del gobierno del Perú al no aceptar los ofrecimientos de tropas de Bolívar, con el mensaje del general San Martín al Congreso, y con muchos otros documentos emanados de él mismo.

7º Las afirmaciones del general San Martín en esta carta al general Miller tienen el defecto de las Memorias Históricas escritas sin documentos a la vista: el amor propio de sus autores, los recuerdos situados fuera de sus fechas, o confundidos unos con otros, conducen a errores fundamentales como lo hemos comprobado nosotros superabundantemente analizando las Memorias de Páez y Mosquera, y en menor escala en las del severo general Urdaneta. Estos errores, en las memorias escritas sin documentos a la vista, los observó Thiers cuando escribía la historia del Consulado y el Imperio y son materia corriente entre los historiadores europeos. Abiertos en el Siglo XIX los archivos oficiales a los historiadores sobraron medios de verificar la mayor o menor exactitud de aquellas. ¡Cuán distintos son los documentos de Bolívar que afirman categóricamente que el Protector no le pidió ninguna tropa, fuera de la división colombiana que ya estaba preparada al efecto! Estos documentos dirigidos a la Secretaría de Estado de Bogotá, al Intendente de Quito, su íntimo amigo y confidente el general Sucre, y en carta privada a su eminente colaborador el Vice-Presidente Santander, todos de 29 de julio de 1822, cuyos originales existen en Bogotá, Quito y Caracas, y el oficio de 9 de setiembre a los gobiernos de Chile y el Perú, publicado en el Argos, de Buenos Aires, N° 44, de 31 de mayo de 1823, están contestes en contra de las afirmaciones equivocadas del general San Martín en su carta a Miller. Y si los sucesos fueron como él dice en 1827 ¿por qué no protestó contra el oficio de Bolívar publicado en el Argos, de Buenos Aires, estando él sin compromisos políticos en Mendoza, oficio en el que se afirma que en la Conferencia no mostró temor por la suerte del Perú?

LA VERDAD HISTORICA

La Junta de Gobierno presidida por el general La Mar devolvió al poco tiempo la división auxiliar colombiana, incluyendo al batallón Numancia y así se reunieron en el Sur 3.500 a 4.000 soldados, pero como Bolívar no cesaba de temer por el Perú y el Sur de Colombia sistemáticamente, fué aumentando sus tropas en parte con diversas partidas de oficiales veteranos que llegaban de Venezuela y el Magdalena, en cuantos barcos partían de Panamá a Guayaquil, y muchos otros de los propios departamentos del Sur. Así pudo elevar su ejército con estos oficiales y numerosos reclutas, hasta 6.000 hombres cuando en 1823 le fué dable socorrer al Perú, puesto al borde de la ruina por las derrotas de Alvarado y el fracaso de La Mar.

En confirmación de nuestras pruebas observamos que el general Miller no dió asenso a las afirmaciones de la carta en cuestión del general San Martín. Ni las adopta en sus voluminosas Memorias, publicadas en 1829, ni inserta la carta en los Apéndices de documentos que las acompaña, a pesar de que fué escrita a requerimiento suyo para dicha obra y al referir escuetamente la Conferencia no dice que San Martín le pidiera tropas a Bolívar.

MANUSCRITO DE SARMIENTO

Divulgado recientemente en Buenos Aires

(De una fotografía)

Museo Histórico Sarmiento.

Buenos Aires.

CONFERENCIA DE GUAYAQUIL

No obstante el tiempo transcurrido reina grande obscuridad sobre el objeto de la conferencia de Guayaquil entre San Martín y Bolívar. El señor Bruzual Ministro de Venezuela en Washington y contemporáneo de aquellos sucesos creía todavía en 1866 que se había tratado, a indicación de San Martín, de establecer monarquías en América. Es de creerse que Bolívar esparció este rumor, a fin de no dejar conocer la parte poco justificable que él tuvo en aquella transacción. La carta de San Martín a Bolívar desde Lima apenas regresado de Guayaquil, publicada por Lafond y en la que recapitula y encarece las razones por él expuestas en la conferencia, anunciando su intento de separarse del ejército, era de por sí suficiente para alejar toda duda. San Martín demuestra con cifras la casi imposibilidad de vencer a los españoles, fuertes en el interior de 18.000 hombres. ¿Qué ocasión era ésta para pensar en el gobierno futuro de países que aun no estaban emancipados?

En 1846, gozando de muy cordial consideración de parte de San Martín, visitelo frecuentemente en Grandburgo su residencia de campo, a los alrededores de París. Se me había prevenido que el general gustaba poco de hablar de lo pasado. Una vez, después de almorzar, habíamos ambos pasado a su habitación a fumar. Sobre la puerta de entrada estaba una

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

litografía que representaba a Bolívar. Fumando y mirándola, como los que no tienen nada mejor que hacer, pregunté al general ¿se parece esta pintura a Bolívar? Bastante, me contestó. La conversación continuó sobre este punto y he aquí lo más sustancial. Era, dijo el general, un hombre de baja estatura, movedizo: miraba de soslayo: nunca, durante toda la conferencia pude conseguir que me mirase a la cara. Estábamos ambos sentados en un sofá. El objeto de mi visita era muy simple. Desde luego la anexión de Guayaquil, que había dado ocasión a desaveniencias. Nuestra misión como generales, le decía yo, es solo vencer a los españoles. Los pueblos arreglarán sus límites. Por otra parte, yo no tenía fuerzas para abrir una nueva campaña contra los españoles, y era necesario reunir nuestras fuerzas. Iba pues a ofrecerle el mando en jefe de ambos ejércitos, poniéndome yo a sus órdenes.

A todo esto, Bolívar oponía que él dependía absolutamente del Congreso de su país y que no podía arreglar nada de por sí. San Martín me decía al referirme esto: Imagínese V. que yo lo dominaba de todo mi busto, y estaba viendo a aquel hipócrita, confuso, mirando a un lado mientras daba estas pueriles excusas, para disimular su deseo de mandar sólo. No pude arrancarle una respuesta clara y la conferencia terminó sin arribar a resultado alguno.

A la noche se presentó, añadía San Martín, un general, en mi dormitorio, a ofrecerme el mando del ejército colombiano en nombre de todos los generales del ejército, cansados decía, del despotismo y falta de miramientos de Bolívar. Contestele que todo el servicio que podía hacerle, era no dar aviso inmediatamente a Bolívar de aquel designio que desaprobaba altamente conjurándoles a mantenerse en los límites de la subordinación.

El general Mosquera (hoy presidente de los E. U. de Colombia), decía en Chile a propósito de el sistema militar o más bien de caudillo de Bolívar. "Cuando nos reunimos al ejército del Perú, vimos por la primera vez, jerarquía militar, respetados y considerados jefes y oficiales según sus títulos. Nuestro ejército se componía de un jefe absoluto Bolívar y de sol-

LA VERDAD HISTORICA

dadezca. Los jefes éramos tratados como los soldados, a veces peor”.

Sarmiento.

CRITICA AL MANUSCRITO DE SARMIENTO

En estos días hemos recibido varios artículos de periódicos de Buenos Aires, referentes a la carta apócrifa de Lafond, un grueso boletín del Instituto Nacional Sanmartiniano; un folleto del mismo Instituto obra del honorable don Ricardo Levene, presidente de la Academia de Historia de Buenos Aires, todos sobre la misma carta, y un grueso libro del señor Colombres Mármol, hijo, destinado a revivir las célebres cartas apócrifas publicadas por su padre. Ninguna de estas obras presenta pruebas, fuera de las declaraciones del general San Martín a Miller y a Castilla, refutadas por nosotros en páginas anteriores.

Entre tantas publicaciones todas encaminadas a una propaganda patriótica, pero distantes de la verdad histórica, sin considerar las pruebas concluyentes presentadas por nosotros en contra de la leyenda de Lafond, ha venido como pieza de valor un manuscrito del ilustre Sarmiento con declaraciones atribuidas al general San Martín, incomprensibles por decir lo menos, y al parecer producto de momentos de mal humor, o de resentimientos fomentados por personas malignas. Analizaremos esas afirmaciones por partes, separadamente.

1º.—Al decir del general San Martín, Bolívar no miraba de frente sino de soslayo. El primero en afirmar esta inverosímil particularidad, ya lo hemos dicho en otro lugar, fué el general Miller en sus Memorias y lo han copiado escritores del Sur, sin pensar en lo absurdo de la afirmación. La frase atribuida al general San Martín es terminante: “Nunca—dice el antiguo Protector— durante toda la Conferencia pude conseguir que me mirase la cara”. La primera conversación entre los dos próceres fué de media hora, y la segunda de cuatro o cinco horas. ¿Habría alguien capaz de creer que en varias horas de conferencia, Bolívar no mirase ni una sola vez a la cara de su interlocutor? Para rebatir hipótesis tan ab-

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

surda no parece necesario exponer consideraciones especiales a ese respecto, sin embargo recordaremos una muy conocida: cuantos han descrito la persona de Bolívar, le asignan mirar de águila. Esto supone ojos grandes, mirada penetrante, vista fija y directa. Con estos atributos se impone mirar de frente. No se concibe un mirar de águila con la cara volteada hacia un lado!!!

2º.—“El objeto de mi visita era muy simple, desde luego, la anexión de Guayaquil que había dado ocasión a desavenencias. Nuestra misión como generales, le decía yo, es sólo vencer a los españoles. Los pueblos arreglarán sus límites”. Para considerar estas aserciones conviene separarlas. Según el general la anexión de Guayaquil fué el objeto de su visita, y esto seguramente es la verdad, pero resuelto el problema político antes de su llegada, en la conferencia juiciosamente no intentó tratar la materia, y así consta en la relación dictada por Bolívar. En lo restante del párrafo copiado el general se equivoca y cree haberle dicho a Bolívar estas palabras: “Nuestra misión como generales es sólo vencer a los españoles, los pueblos arreglarán sus límites”. Es un error del general, como los señalados en nuestro estudio anterior, por trasposición de ideas. En tan pocas líneas incurre en tres equivocaciones: la primera situar en la Conferencia el principio de dejar a los pueblos el arreglo de sus límites, cuando este punto fué expresado por San Martín en su carta de 3 de marzo de 1822 y replicado por Bolívar, en la de 22 de junio del mismo año en tales términos que no era posible volverlo a plantear, como veremos enseguida; la segunda equivocación consistió en suponer posible en la entrevista discutir la pertenencia de Guayaquil, asunto resuelto y realizado de un todo por el pueblo de Guayaquil y por el propio Bolívar en su carácter de Presidente de Colombia; y la tercera, relativa a la posición de ambos personajes en la esfera política. Ellos allí no eran dos generales en el sentido expresado por el Protector. Por brevedad consideremos solamente la posición de Bolívar: El tenía la investidura de Presidente Constitucional de la República de Colombia, nombrado por el Congreso de Cúcuta en setiembre de 1821, y juramentado enseguida, con facultades extraordinarias en los departamentos en guerra o no incorporados

LA VERDAD HISTORICA

todavía a la República, su primera obligación era la de cumplir la constitución y leyes de la República y de defender su integridad. Ahora bien, según la Real Cédula de 23 de junio de 1819 y otras anteriores, Guayaquil era parte integrante del virreinato de la Nueva Granada, y por tanto de Colombia, y Bolívar no podía dejar, como le indicaba San Martín en su carta del 3 de marzo de 1822, a los pueblos arreglar sus límites como quisieran. Habría cometido un delito grave.

Mas todavía: el 1º de junio de 1822, estando Bolívar en el pueblo del Trapiche, en marcha sobre Pasto, recibió un propio del general Sucre dándole cuenta de los sucesos del Sur y de graves declaraciones del general San Martín sobre la soberanía de Guayaquil, y la decidida voluntad del Perú de proteger su independencia. Bolívar inmediatamente pidió instrucciones al Gobierno de Colombia sobre su conducta a seguir en vista de la tendencia del Protector de intervenir en los asuntos internos de Colombia, y el Gobierno le contestó autorizándolo a usar la fuerza si fuere necesario en resguardo de la integridad de Colombia. Esta consulta de Bolívar la descubrió en el Archivo Nacional de Bogotá, nada menos que el Excmo. Señor Don Alberto M. Candiotti Ministro Plenipotenciario de la Argentina en Colombia, y la publicó en el Boletín de Historia y Antigüedades de Colombia, N° 315-316 correspondiente a los meses de enero y febrero de 1941. La enérgica contestación del Poder Ejecutivo de Colombia, firmada por el canciller Pedro Gual está publicada en O'Leary, tomo XIX, pág. 318.

De manera que por todo lo enunciado y especialmente por estos documentos Bolívar debía velar por la integridad de Colombia y así lo declaró en carta al general San Martín de 22 de junio mencionada más arriba en estos términos: "V. E. expresa el sentimiento que ha tenido al ver la intimación que hice a la provincia de Guayaquil, para que entrase en su deber. Yo no pienso como V. E. que el voto de una provincia debe ser consultado para constituir la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las Asambleas generales, reunidas libre y legalmente". Esta contestación por su energía, claridad, sentido jurídico y precisión, y si se quiere por su estilo autoritario, desmiente casi

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

todas las afirmaciones del manuscrito del señor Sarmiento, atribuidas al general San Martín, tan fáciles de rebatir por los absurdos de su contenido.

3º.—Por otra parte, sigue el general San Martín: “Yo no tenía fuerzas para abrir una nueva campaña contra los españoles y era necesario reunir nuestras fuerzas. Iba pues a ofrecerle el mando en jefe de ambos ejércitos, poniéndome yo a sus órdenes”. Este es el punto neurálgico de la carta apócrifa de Lafond. Nosotros hemos probado su falsedad en diferentes trabajos con documentos emanados del propio general San Martín, como su mensaje al Congreso y cartas íntimas a su favorito Alvarado y al General O’Higgins, Director de Chile; y a mayor abundamiento hemos presentado las tres relaciones de la Conferencia dictada por Bolívar y el famoso oficio de 9 de setiembre de 1822, dirigido a los gobiernos del Perú, Chile y la Plata, y publicado en el Argos de Buenos Aires, el 31 de mayo de 1823, con sus pruebas inequívocas, concluyentes, bastantes por sí solas para destruir por completo cuantos argumentos se presenten en favor del cuento de Lafond.

4º.—Uno de los párrafos más lamentables del manuscrito del señor Sarmiento es éste: “Imagínese Vd., dice el general San Martín refiriéndose a Bolívar, que yo lo dominaba de todo mi busto y estaba viendo a aquel hipócrita, confuso, mirando a un lado mientras daba estas pueriles excusas para disimular su deseo de mandar sólo. No pude arrancarle una respuesta clara y la Conferencia terminó sin arribar a resultado alguno”. ¿Cómo explicarnos tan gran desprecio como el contenido en estas palabras. Todo en ellas es equivocado y absurdo. A nuestro héroe se le podía, odiar, envidiar, calumniar, pero no inspiraba desprecio! ni en lo físico ni en lo moral, Bolívar tenía 5 pies y 6 pulgadas inglesas, es decir 1,678 m. Si el general San Martín le llevaba todo el busto debía alcanzar 2,30 m. ó 2,35 m. de estatura. La observación prueba un estado de irritación propenso al error.

Bolívar confuso, es decir, azorado o aturdido, por la proposición de San Martín de servir a sus órdenes con un ejército, es algo contrario a la naturaleza humana. La humillación

y sumisión de un rival no puede causar confusión ni disgusto a nadie. Si algún hombre fué de mente clara, de resoluciones instantáneas, de carácter de hierro, fué Bolívar. ¿Por qué se iba a azorar o a mostrarse confuso cuando el general San Martín le ofrecía humildemente servir a sus órdenes? ¿Para mandar sólo? Este concepto o acusación contra Bolívar es formado *a posteriori*, años después, cuando las circunstancias pusieron todos los poderes del Perú en su mano. En 1822 era imposible siquiera concebirlo. Recuérdense todas las resistencias opuestas al traslado de Bolívar al Perú, y a su nombramiento de general en jefe, reclamado por el comercio y el público para salvarse de la anarquía, pero limitado por los gobernantes por celos políticos, y por esto Bolívar no fué *a mandar sólo*, cuando llegó a Lima, sino a mandar *in nomine* el ejército unido, por haber quedado la administración indispensable al sostenimiento del aparato militar, con todas sus rémoras y deficiencias, y aun traiciones, en manos de Riva Agüero, Torre Tagle y Berindoaga. Mucho más cómodo, más glorioso, más seguro para Bolívar habría sido gobernar con el general San Martín sometido a sus órdenes, en lugar de los mencionados magnates independientes de su mando. Repetimos: la sospecha atribuida al general San Martín pertenece al género de *profecías a posteriori*.

Bajo ciertos aspectos la carta de Lafond no es ofensiva para Bolívar sino para San Martín, jefe supremo y libertador del Perú. Humillarse hasta el extremo de poner su ejército, el del Perú y Chile, su autoridad y su persona bajo la férula del jefe de Colombia no nos parece honroso, por impropio. Tanto desistimiento no es abnegación de santo sino escapada de débil. Los defensores de la leyenda no han meditado este aspecto degradante del problema. En cambio la abdicación del prócer, tal como fué, por desinterés político, y persuadido de dejar asegurada su obra por el ejército de 11.000 hombres, formado por él, es eminentemente honrosa!

La supuesta negativa de Bolívar no era motivo para retirarse y abandonar la empresa, Bolívar por cualquier circunstancia podía desaparecer de un momento a otro. El Perú se sostuvo muchos meses sin San Martín y sin Bolívar; si San

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

Martín se queda en ese período podía aumentar su ejército todo lo que hubiera querido. Bolívar tardó un año en ir al Perú, después de la abdicación del héroe argentino, y triunfó sólo con sus recursos porque todo, todo, todo, lo que dejó San Martín había desaparecido cuando él tomó el mando absoluto.

Atribuye Sarmiento a Bolívar las voces esparcidas por algunos en nuestra América Española sobre proyectos monárquicos de San Martín. Es una hipótesis gratuita, completamente infundada. Después de 1824 Bolívar no mencionó a San Martín sino para elogiar su desprendimiento, como modelo digno de imitarse, dada la ingratitud de nuestros países, y jamás hizo alusión a sus ideas políticas.

Otra afirmación calumniosa de los escritos de Sarmiento se refiere a los generales de Colombia. Según dice en la noche un general colombiano fué al dormitorio de San Martín a ofrecerle "el mando del ejército colombiano en nombre de todos los generales del ejército", cansados, decía, del despotismo y falta de miramientos de Bolívar. Esta es otra patraña incalificable, y, necesario es decirlo, ridícula y torpe. Basta una mirada a la historia de Colombia, fecunda en hombres de guerra de primer orden, para comprender lo absurdo de la leyenda. Allí en Guayaquil no se hallaban sino dos o tres generales colombianos: pues Manuel Valdés, "el hombre más elegante en un campo de batalla", según expresión de Bolívar, no había llegado todavía. Los dos generales presentes eran ambos insospechables. Juan Paz del Castillo, amigo íntimo de Bolívar desde la niñez y la adolescencia, su mano derecha en los Departamentos del Ecuador, durante la campaña del Perú, fiel a Bolívar hasta su muerte, nada afecto al general San Martín, con quien prestó servicios en Chile y el Perú después de libertado de una larga prisión en Cádiz.

El otro general existente en Guayaquil era Salom, el vencedor del Callao, llamado en justicia por Bolívar el Arístides colombiano: idólatra de su general, en vida y muerte. Fallecido el héroe no quiso servir a otro gobernante. Ninguno de estos generales era capaz de la traición imaginada en el escrito de Sar-

LA VERDAD HISTORICA

miento. El heroico Córdova, "el hijo de Marte y Venus", Luis Urdaneta, Jacinto Lara y el llanero Lucas Carvajal, presentes también en Guayaquil, todavía no eran generales, sino coroneles, y todos abrigaban sentimientos bolivarianos.

Otro error grave del señor Sarmiento son las opiniones atribuidas al general Mosquera en desdoro del ejército colombiano y de la cultura de Bolívar. Todo mentira, puesto que Mosquera fué al Perú, por primera vez de agente diplomático en 1829, enseguida de la batalla de Tarqui, cuando en el Perú no había ejércitos, ni peruanos, ni argentinos, ni colombianos, ni gerarquía, ni nada que se le pareciera; ni Mosquera, hombre de gran carácter, y ardiente boliviano, era capaz de calumniar ni vilipendiar a Bolívar.

Estas declaraciones fueron hechas por el general San Martín al señor Sarmiento en 1846, es decir 25 años después de los acontecimientos y Sarmiento las escribió en 1867 o sea a los 45 años de los sucesos! Quizá la acción del tiempo tuviera influencia en el contenido de tan inverosímiles especies!

FENOMENO PSICOLOGICO

Cuando se escribe de memoria largo tiempo después de los acontecimientos, sin documentos o con pocos documentos, es fácil incurrir en grandes equivocaciones. Ya lo hemos dicho, el amor propio de los autores, o actores, los recuerdos puestos fuera de su fecha, o confundidos unos con otros, inducen a errores fundamentales, hasta llegarse a creer de buena fe lo contrario de actos realizados o de opiniones expresadas años atrás. Thiers observó este fenómeno cuando escribía las Memorias del Consulado y del Imperio al estudiar las relaciones de algunos personajes a la luz de los documentos correspondientes. En su Autobiografía Páez lo presenta exactamente en las descripciones y apreciaciones de los actos del Libertador relacionados con los suyos propios. Nosotros los hemos analizado minuciosamente y comprobado sus errores en nuestros estudios de las Guerras de Bolívar publicados en los Boletines de la Academia de la Historia. El más elocuente de todos, es el relativo a la ofensiva en Apure en marzo de 1819.

Creyendo larga la ausencia de Bolívar en Guayana, ocupado en la instalación del Congreso, Morillo había diseminado su ejército desde Nutrias hasta Achaguas, y de San Fernando a Calabozo, en una extensión de 80 a 100 leguas. Llega Bolívar de improviso, resuelve tomar la ofensiva y se precipita sobre una de las divisiones de Morillo en el hato de la Gamarra. Ningún movimiento podía ser más sabio y oportuno, sin embargo el combate no fué completamente feliz, por la debilidad relativa de tropas nuevas ante la disciplina y resistencia de la infantería española. Páez estuvo perfectamente de acuerdo con Bolívar hasta el punto de escribirle una carta milagrosamente conservada en el archivo de Bolívar invitándolo a tomar la ofensiva y ratificándole las noticias de la

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

diseminación del ejército de Morillo, según parte acabado de recibir de Muñoz el jefe de su guardia, pero olvidado de estos detalles cuando escribió sus Memorias y empeñado en mostrarse superior a Bolívar afirma todo lo contrario. Niega la subdivisión del ejército e invierte por completo sus consejos a Bolívar, sin pensar en multitud de documentos relativos a esos hechos conservados en los archivos, y comprobantes de la verdad.

Estos fenómenos psicológicos no se desarrollan solos en el individuo, necesitan impresiones externas. Se forman lentamente bajo la influencia de observaciones y críticas de terceros. En el caso de Páez los cortesanos durante su larga actuación política, no cesaban de atribuirle como obra suya exclusivamente todos los grandes hechos de la Independencia. Estas ideas golpeando sobre las propias del individuo, van modelando estas últimas hasta darle forma enteramente distinta.

Un fenómeno análogo parece haberse realizado alrededor del General San Martín. Como lo explicamos páginas atrás sus amigos y sus censores, no cesaban de criticarle su abdicación. En el Perú los perjudicados se contaban por millares, tanto en el tren oficial de los civiles, como en la admirable organización de las milicias creadas por el Protector. Constantemente recibía cartas de sus amigos y anónimos de muchos, quejumbrosos lamentando su separación y cubriendo de oprobio y calumnias la administración de Bolívar. Como hemos dicho páginas atrás él dejó correr las versiones sobre la entrevista de Guayaquil y a la larga la más afortunada quedó flotando sobre la historia y ha encontrado ardientes defensores en un patriotismo irreflexivo.

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS

VICENTE LECUNA.

FONDO BIBLIOGRAFICO ESPECIAL
DE AUTORES VENEZOLANOS

